

MUERTE EN LA NOCHE

SIMON SCARROW

MUERTE EN LA NOCHE

Un thriller en Berlín en tiempos de guerra



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Dead of Night*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2024

© Simon Scarrow, 2023
© de la traducción: Ana Herrera, 2024
© de los mapas: Tim Peters
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputació, 262, 2^o 1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6437-8

Impreso en Liberdúplex

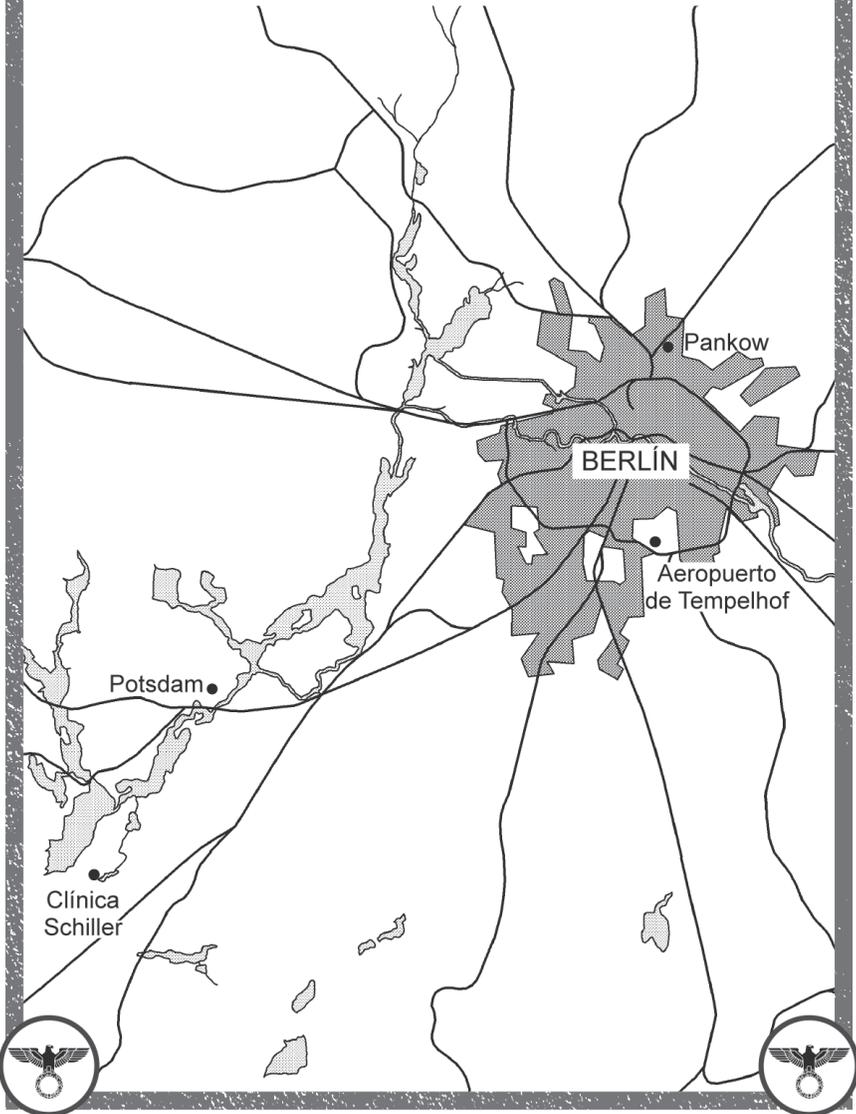
Depósito legal: B 14666-2024

Impreso en España

*Para mi amigo Bharat Goswami,
que me enseñó a pensar en el hecho de pensar.*

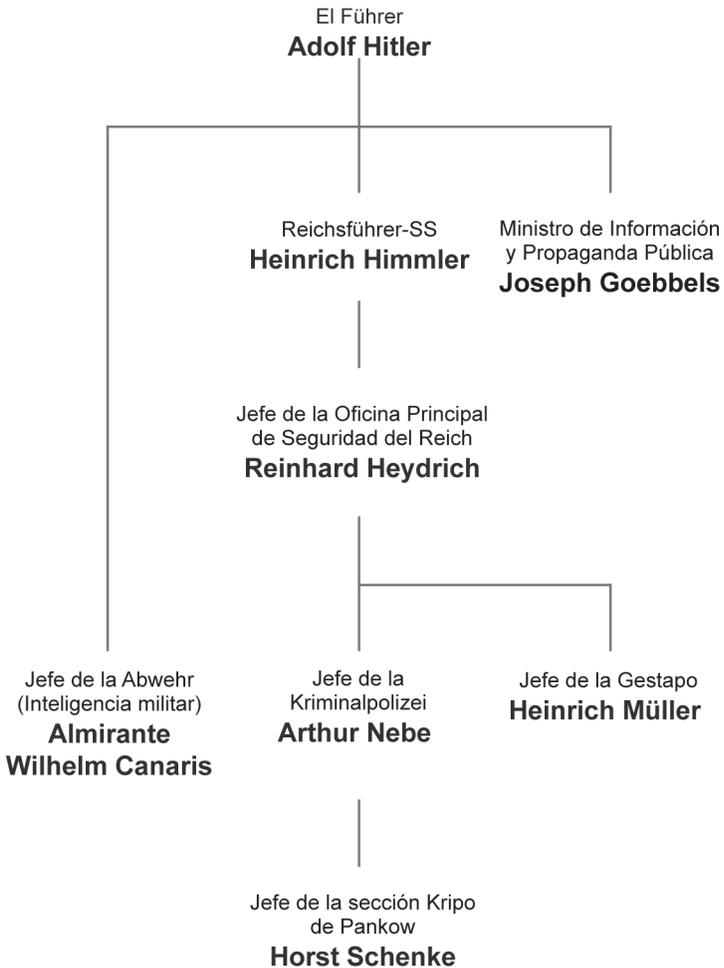


La zona de Berlín, 1940





LA CADENA DE MANDO



Nota del autor

Escribir sobre Alemania durante el Tercer Reich inevitablemente pone al autor frente a frente con algunos de los aspectos más oscuros de la naturaleza humana. Es imposible escribir honradamente sobre la época sin consignar algunas de las actitudes y terminología usados por los que estaban en el poder. Espero haber manejado ese aspecto de la novela con sensibilidad.

Prólogo

Berlín, 28 de enero de 1940

El coro y la orquesta llegaban ya al final de la repetición de *Fortuna Imperatrix Mundi*. Con un movimiento último de su batuta, el director de orquesta puso fin a la interpretación e inclinó la cabeza como si estuviera exhausto. De inmediato, el público de la Philharmonie dejó escapar los vítores, y los aplausos resonaron atronadores en toda la sala. El director se volvió y parte del público se puso en pie, en una ovación. El resto no tardó mucho en seguir su ejemplo.

El doctor Manfred Schmesler suspiró al levantarse, muy tieso. Como la mayoría de los asistentes, llevaba puesto el abrigo y los guantes. La escasez de carbón en la ciudad había obligado a restringir el uso de la calefacción, así que después de una hora el aire estaba gélido, a pesar de que la sala estaba abarrotada. Schmesler se preguntó cómo habrían podido tocar los intérpretes en esas condiciones. Quizá la necesidad de concentrarse fuera suficiente para abstraerse de la helada atmósfera.

Notó una ligera presión en el brazo y se volvió hacia su mujer, Brigitte. Ella le dijo algo inaudible, luego carraspeó un poco y levantó la voz, mientras él aguzaba el oído en su dirección.

–Decía que han tocado de maravilla.

–Sí –respondió él–. Dadas las circunstancias.

Los aplausos continuaron mientras Wilhelm Furtwängler indicaba con un gesto a su orquesta que hiciera una reveren-

cia, tras lo cual le llegó el turno al coro. Los aplausos fueron apagándose hasta dar paso al típico bullicio del público marchándose. Schmesler guio a su mujer hacia el exterior, junto con la pareja que los había acompañado, el abogado Hans Eberman y su esposa Eva. Los dos matrimonios se habían conocido unos meses antes, en una fiesta, y desde entonces compartieron algunos eventos sociales.

–Ha sido una suerte que las entradas fuesen gratis –les dijo Eberman.

Schmesler, que conocía lo suficiente a su amigo para notar la ironía, le sonrió. Desde que el Partido Nazi se hiciera con el poder, gran parte de los músicos y compositores del país habían tenido que partir hacia el exilio, lo cual hizo que los conciertos en la capital fueran bastante repetitivos. «Al menos nos hemos ahorrado una velada de Wagner», pensó Schmesler.

Mientras se dirigían hacia la salida, la gente buscaba los pañuelos, las bufandas y los sombreros con la intención de prepararse para el frío. Berlín se enfrentaba al invierno más duro desde que había memoria. Los canales y el río Spree estaban completamente congelados, y la nieve cubría toda la ciudad.

Parecía que la dura climatología se hubiese adecuado a que la nación estaba de nuevo en guerra. Schmesler, que había participado en el anterior conflicto, todavía conservaba en el recuerdo las cicatrices de lo vivido en el frente occidental. «La guerra que acabaría con todas las guerras», la habían llamado, y, sin embargo, apenas veinte años más tarde había estallado la siguiente. Y, con ella, el racionamiento de los alimentos y el suministro energético. En cuanto se ponía el sol, Berlín quedaba completamente inmersa en la más negra oscuridad.

La escasez cada vez más acuciante de carbón hacía que la calefacción fuera un lujo al que sólo unos pocos tenían acceso, sobre todo los miembros importantes del Partido Nazi o sus secuaces. Por fortuna, Schmesler era miembro. Al igual que otros profesionales, como Eberman, tuvo la visión suficiente para comprender que ser miembro del partido era condición *sine*

qua non para tener éxito en su carrera, así como para servir a algún objetivo más privado. Los que llevaban en el partido desde los días de la República de Weimar miraban con desdén a los recién llegados y su flamante entusiasmo por la causa. Y, más importante aún: no les entusiasmaba compartir con ellos su suministro de carbón.

Era raro, pensó Schmesler, que un recurso antes tan habitual ahora fuese un artículo raro y valioso. El poco carbón que se podía encontrar en la capital era, para colmo de todos los males, de la variedad desgasificada. Le faltaba ese brillo grasiento que tenía el de mayor calidad, y que generaba mucho más calor. Tanto era así que Brigitte y él se veían obligados a quemar leña en las estufas de su casa de Pankow, para mantenerse calientes y tener el agua suficiente para lavarse. La caldera sólo funcionaba los fines de semana y los martes y jueves por la noche, cuando lo permitían los suministros de carbón. Incluso la leña escaseaba ya, así que Schmesler no hacía más que rezar para que acabase ya aquella prolongada ola de frío polar.

Al acercarse a la salida en el vestíbulo, oyó una áspera voz que penetraba entre el murmullo de las conversaciones.

—¡«Ayuda para el invierno»! ¡Recaudación de «Ayuda para el invierno»!

Vio a cuatro hombres con sobretodo y las gorras marrones de los paramilitares del partido. Uno de ellos agitaba en alto una lata al mismo tiempo que repetía una y otra vez la consigna.

—Malditos sean —murmuró Eberman—. ¿No nos sangran ya bastante con sus condenadas colectas?

Schmesler buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un puñado de insignias. Hurgando entre ellas, encontró las que se había ganado mediante anteriores donaciones de «Ayuda para el invierno». Tendió una a Eberman y se puso la otra en la solapa, donde pudiera verse bien. Su compañero sonrió al pensar en marcar un tanto a los esbirros del partido, apiñados junto a las salidas, donde intimidaban a los transeúntes para que en-

tregasen dinero para la causa. Un visitante en Berlín podía pensar que aquello era caridad, pero sus habitantes lo reconocían como lo que era: prácticamente un atraco.

Un hombre sonriente bloqueó el camino del grupo que iba delante de Schmesler.

–Ofrece algunas monedas para ayudar a los que las necesitan, amigo.

Detrás de aquella aparente petición educada, se escondía, en realidad, una orden. Los que salían del concierto lo sabían bien, así que si no tenían la suerte de contar con una insignia se apresuraban a pagar y salían corriendo.

Cuando le tocó el turno a Schmesler, éste inclinó ligeramente el hombro para enseñar la insignia. Con un simple gesto, el de las SA les indicó que podían pasar y se encaró a los que iban tras ellos. Schmesler cogió a su mujer por el brazo y apretó el paso para dejar atrás el vestíbulo y luego la puerta giratoria de salida. De inmediato, el helado aire de la noche mordió la piel expuesta, así que bajaron la cabeza y se taparon bien los cuellos. De sus bocas escaparon remolinos de vapor.

Eberman fue a devolverle su insignia a Schmesler, pero él negó con la cabeza.

–Guárdatela. Quién sabe cuántos grupos de SA habrá en las calles esta noche.

–Gracias.

A pesar del bloqueo, entre la luz de los faros de los coches y los montículos de nieve tuvieron suficiente para saber por dónde iban. Schmesler los condujo a lo largo de la calle hacia la estación del U-Bahn. En cuanto se apartaron de la multitud que surgía del teatro, aminoraron el paso para que la otra pareja pudiera ponerse al mismo nivel que ellos. La nieve pisoteada se había convertido en hielo, lo que obligó a su esposa a agarrarse a su brazo para no resbalar. Dadas las penosas circunstancias para moverse, no volvieron a intercambiar palabra alguna hasta llegar a los escalones de la estación, donde se separarían. Schmesler y su esposa debían coger un tren a Pankow,

mientras que los Eberman continuarían caminando hasta su apartamento, en la calle siguiente.

—¿Vamos al concierto de Richard Strauss el viernes que viene? —preguntó Eva.

Su marido bufó.

—Tampoco es que haya mucho donde elegir ahora mismo. Ella le dio un golpe en el hombro.

—Quizá Strauss no sea el tipo de compositor de primera clase de esos que tanto te gustan, pero al menos es un compositor de segunda clase de primera.

Los cuatro rieron la broma, que Eberman se apresuró a rematar:

—Parece que ninguna pieza de música alemana sea tan sofisticada que no se pueda cantar en un mitin del Partido Nazi, ¿no?

—Venga ya... —dijo Schmesler—. Es música, de todos modos, una distracción agradable de la guerra. Nos irá bien.

—Supongo...

—Arreglado, pues. Esta vez te toca a ti sacar las entradas, amigo mío.

Schmesler miró hacia la entrada de la estación y oyó que se aproximaba un tren.

—Tenemos que irnos. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Nos vemos para comer el lunes próximo y hablar de ese tema que quieres discutir?

Eberman negó con la cabeza.

—Ya no importa. En otra ocasión, quizá.

Se estrecharon la mano para despedirse, y ambas parejas se separaron. Los Schmesler corrieron escaleras abajo hacia la estación. Llegaron al andén justo cuando paraba el tren que iba hacia el norte. Se abrieron las puertas; algunos bajaron, otros subieron, y volvieron a cerrarse. Después de que el guardia hiciera sonar el silbato, el tren se puso en movimiento con una sacudida. Schmesler y su mujer estuvieron a punto de perder el equilibrio mientras buscaban asiento, lo que les hizo re-

cordar aquella noche en que Schmesler invitó a Brigitte a salir, nada más conocerse. El movimiento del tren los lanzó el uno hacia el otro, y él instintivamente le pasó un brazo alrededor a ella para evitar que se cayese. Fue suficiente para romper el hielo, para que ambos se pusieran a reír como tontos. Ahora se sonreían el uno al otro con deleite ante el recuerdo espontáneo de aquella noche.

En los trenes del U-Bahn era difícil conversar, sobre todo porque en años recientes la gente tendía a cuidar mucho lo que decía, no fuese que un comentario fortuito atrajese la atención de algún informador. Así que se cogieron de la mano y se quedaron sentados en silencio, contando las paradas hasta que el tren se detuvo en su estación, en el distrito de Pankow. Salieron del vehículo, y caminaron a ritmo rápido por las calles frías y oscuras del bonito barrio residencial hasta llegar a su hogar.

Era un edificio modesto de dos plantas que databa de mediados del siglo anterior. Schmesler lo había adquirido tres años antes a sus propietarios judíos, los Frankel. Él estudió en la universidad con Josef Frankel, de quien fue buen amigo en esos tiempos. Pero, cuando los nazis subieron al poder, aquella amistad dejó de ser aconsejable. Mantuvieron las distancias, socializaron en secreto, y, cuando Frankel ya no pudo trabajar más, conforme la comunidad judía era arrinconada, tuvo que abandonar Alemania con su familia. Vendió su casa a Schmesler por un precio que era una ganga, y se llevó el poco capital que tenía para intentar crear una nueva vida en Nueva York. Sin embargo, tuvieron que dejar atrás a su hija Ruth, ya que no consiguieron encontrar su certificado de nacimiento. Con el estallido de la guerra, la joven se quedó atrapada en Berlín.

La pareja subió los escalones desde la calle y se quitó la nieve de los zapatos en la barra de hierro que se encontraba junto al porche cubierto. Entraron en casa, pero sólo encendieron las luces tras cerrar la puerta, para no darle una excusa al guardián del barrio por romper las normas del oscurecimiento obligatorio.

Hacía tanto frío dentro que tuvieron que dejarse los abrigos y los guantes puestos, al igual que en la ópera. Schmesler besó a su mujer en la frente.

–Sube y vete a la cama. Yo iré un poco más tarde.

–¿Trabajo? –suspiró ella.

Él asintió.

–Estamos faltos de personal en el centro, por culpa del reclutamiento.

–¿Tenían que llevarse a todos tus ayudantes?

–En tiempos de guerra, el ejército necesita a todos los médicos que puede encontrar, mi amor.

Brigitte agitó la cabeza.

–La guerra... Y eso que el Führer aseguraba que era un hombre de paz.

Schmesler miró alrededor por instinto antes de lanzarle el leve reproche a su mujer.

–Procura que esas palabras no salgan de esta casa. Ten cuidado de con quién compartes tus dudas.

–Pensaba que sería seguro compartir lo que pienso con el que es mi marido desde hace veinte años.

Él le guiñó un ojo.

–Nunca se sabe...

–¡Ay, cómo eres! –Ella le pellizcó la mejilla.

–Dale una oportunidad al Führer, Brigitte. Ahora que Polonia ha sido destruida, no hay motivo alguno para que Francia y Gran Bretaña sigan en guerra. Quizá tengamos paz cuando llegue la primavera. Agarrémonos a esa esperanza, ¿vale? Y ahora vete a la cama, o, si no, les diré a los de la Gestapo que estás compartiendo propaganda antialemana.

Cuando desapareció en la planta superior, Schmesler fue hasta el salón y se sentó en la silla frente a la estufa. Abrió la trampilla y luego el respiradero, lo cual hizo que el calor se intensificara y surgiera una voluta de humo. Cogió algo de leña menuda y la colocó en torno a las pequeñas llamas iniciales para reavivarlas. Cuando el fuego crepitaba con vigor,

cerró la estufa y disfrutó del calor que empezaba a penetrar en su cuerpo.

Pero su mirada se fue poco después hacia el escritorio, donde un maletín requería su atención. Había estado posponiendo aquel momento todo el día, primero en su despacho y luego en casa. Ya no podía retrasarlo más.

Aun así, lo hizo. Volvió a ponerse de pie para acercarse a la mesita auxiliar donde guardaba la licorera de brandi y se sirvió una generosa cantidad. De nuevo instalado en la silla de cuero del escritorio, con el calor del fuego a su espalda, abrió el maletín y sacó el expediente. Buscó una pluma, abrió la cubierta y miró el primer informe, con especial atención a las recomendaciones escritas a mano al final. Su mano derecha se movió y la plumilla se quedó quieta encima del informe. Dudó, y luego se acabó el brandi de un trago, notando que el líquido ardiente bajaba por su garganta. Dejó el vaso de golpe y marcó la casilla final de la página con un signo «+», tras lo cual apartó la hoja a un lado y pasó a examinar el siguiente documento.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba el paso del tiempo con un tic tac constante. De vez en cuando, Schmesler se acercaba a echar otro leño más en la estufa. A medida que avanzaba la noche, los documentos formaron dos pilas: en una de ellas dejó los que había marcado; en la otra, más reducida, los que no tenían marca alguna salvo su firma.

En el piso de arriba, su esposa dormía sola con su abrigado camisón y bajo varias capas de mantas. Se quedó echada de lado, respirando profundamente y sumida en un sueño sin ensoñaciones ni turbación alguna. Al menos hasta que, a primera hora de la madrugada, un estampido agudo en el piso de abajo la despertó de golpe. Al principio no supo si había imaginado aquel sonido, así que buscó a Schmesler a su lado. Al no encontrarlo, al notar aquella parte de la cama fría, y tras dejar pasar unos instantes para ver si oía más sonidos, encendió la lámpara de la mesita de noche. La repentina iluminación le hizo guiñar los ojos, pero fue capaz de ver la hora que marcaba

el reloj despertador: poco más de las tres. Una hora absurda para que su marido estuviese trabajando aún.

Sacó las piernas de debajo de las mantas, metió los pies en las zapatillas, y se dirigió hacia las escaleras.

–¡Manfred! –llamó, en voz alta–. Manfred...

Esperó una respuesta pero sólo hubo silencio. Chasqueó la lengua e, irritada, bajó la escalera para dirigirse al despacho. Cuando abrió la puerta, el aire caliente la golpeó de repente, así como el olor acre de humo de pólvora.

–¿Manfred...?

No vio a su marido de inmediato. Había papeles repartidos por encima de todo el escritorio y en el suelo. La silla yacía de lado, y un brazo extendido sobresalía por detrás de ella. A poca distancia de los dedos agarrotados de aquella mano, se encontraba la silueta oscura de una pistola.

Capítulo uno

31 de enero

La puerta del despacho de la sección Kripo se abrió poco después de mediodía. El sargento Hauser, que hacía lo que podía para redactar las notas debido a una herida de bala en el hombro de la que se estaba recuperando, levantó la vista y contempló al hombre de abrigo oscuro que había entrado. Le vio colgar su sombrero en el perchero que había junto a la entrada. Luego se dirigió hacia la estufa que se encontraba en el centro de la habitación y se volvió para calentarse la espalda. Sólo entonces lo saludó con una inclinación de la cabeza.

—¿Cómo ha ido, señor? —dijo, tras soltar la pluma.

Su superior, el inspector criminal Horst Schenke, había asistido a un funeral aquella mañana. El conde Anton Harstein y su esposa, una pareja anciana amiga de su familia, habían sido asesinados poco antes de Navidad. Debido al papeleo asociado con la investigación y el retraso causado por el suelo congelado, habían tardado cinco semanas en poder enterrar los cuerpos. El conde Harstein, en tiempos, había dirigido el equipo automovilístico de los Silver Arrows, que Schenke conducía antes de que un accidente acabase con su carrera deportiva y le dejase una cojera. Después del accidente, tuvo que encontrar una nueva dirección para su vida, así que ingresó en la policía.

—Todo lo bien que pueden ir esas cosas —aseguró, tras coger aliento con fuerza.

Aunque los Harstein eran aristócratas y estaban bien relacionados, en el funeral habían aparecido pocas personas. Aparte de Schenke y su novia, Karin, no fueron más de diez personas, incluyendo al hijo de los Harstein, un oficial del ejército que había pedido un permiso especial compasivo para poder asistir. El crudo invierno impidió una mayor asistencia, por lo que el sacerdote, al que le castañeaban los dientes, dirigió el servicio mucho más rápido de lo que la decencia aconsejaba.

Aquellos crímenes habían ensombrecido el poco espíritu navideño que aún quedaba. Pero Schenke prefirió llorar aquella muerte en privado, sin revelar sus sentimientos a nadie.

–¿Qué tal se cura la herida? –le preguntó a Hauser.

–Poco a poco, pero al menos me ahorra las tareas domésticas –respondió el sargento con una sonrisa–. Pero Helga está empezando a sospechar, de manera que tendré que mostrar alguna señal de recuperación.

–Vive peligrosamente, amigo mío. –Schenke sólo había visto a la mujer de Hauser unas cuantas veces, pero era más que suficiente para darse cuenta de que era formidable–. Incluso sin haber recibido un tiro.

Tras un momento de silencio, en el que recordaron el incidente en el cuartel general de la Abwehr en el que Hauser fue herido, el sargento se volvió hacia un hombre delgado, de veintitantos años, que estaba sentado en otro escritorio. Tenía el pelo blanco y fino, la cara demacrada y con gafas, y, a diferencia de los demás, no llevaba abrigo, sino un sencillo traje oscuro con corbata. No parecía que el frío le afectara mucho mientras leía la portada del *Völkischer Beobachter*. El titular principal se hacía eco de la aguerrida resistencia del ejército finés, que resistía la invasión rusa de las legiones de Stalin, mal equipadas e incompetentes. Aunque se había firmado un pacto con Rusia el mes de agosto anterior, el artículo claramente simpatizaba con los finlandeses. «Ponen en su lugar a Rusia», decía el titular. Schenke se preguntó cuánto podría resistir semejan-

te tratado entre dos naciones con unas ideologías diametralmente opuestas. Era extraño que estuviese teniendo lugar una guerra con tan alto número de bajas, al menos del lado ruso, mientras la guerra terrestre en la que estaba implicada Alemania parecía ser poco más que un intercambio ocasional de disparos y folletos de propaganda desde la caída de Polonia. Aunque, como mucha gente, aún esperaba una resolución pacífica, empezaba a temer que se avecinaba lo peor.

–Liebwitz, vaya a ver si el hombre del laboratorio ha acabado de analizar los cupones de racionamiento que han llegado esta mañana.

–Sí, sargento. –Liebwitz se levantó rápidamente e hizo una seña de asentimiento antes de salir del despacho.

Schenke notó un pinchazo de culpabilidad. Liebwitz había sido enviado antes de Navidad a la sección Kripo para ayudar con la investigación de las muertes. Reclutado por la Gestapo, su actitud tiesa y formal no le había granjeado el cariño de sus colegas, y Schenke sospechaba que lo habían asignado allí para quitárselo de encima. Ahora esperaba la confirmación oficial de que su traslado era permanente. Los mecanismos de la burocracia funcionaban a su habitual paso lento, de modo que por el momento Liebwitz todavía era oficialmente de la Gestapo, y eso lo convertía en un objetivo para Hauser, que lo veía como el burro de carga de la oficina.

–Podría tratarlo un poco mejor –dijo Schenke.

–Tiene que cumplir con su deber, como cualquier otro miembro del grupo.

–No tiene nada que demostrar. Ha hecho un buen trabajo.

–Hasta ahora...

Schenke veía que no iba a cambiar los sentimientos del sargento hacia el nuevo, así que lo dejó estar.

–¿Dónde está el resto del equipo, esta mañana? –preguntó, al advertir los escritorios vacíos de la oficina.

–Frieda y Eva han ido a entrevistar a una mujer sobre una agresión doméstica. Persinger y Hofer están fuera, reuniendo

a los falsificadores conocidos para interrogarlos sobre los falsos cupones de racionamiento. Alguno de ellos tiene que saber algo de esto.

Schenke asintió. Persinger y Ofer eran veteranos de la fuerza policial. Ambos eran hombres robustos, que tenían talento para conseguir información de los sospechosos, aunque fuese recurriendo a la violencia. En ellos había una actitud de no andarse con rodeos que resultaba muy útil para intimidar. Frieda Echs tenía cuarenta y tantos años, firme y eficiente, con la suficiente experiencia vital para manejar cualquier situación con sensibilidad. La otra mujer de la sección, Rosa Mayer, era esbelta, rubia y guapa, se le daba muy bien su trabajo y evitar los intentos de flirtear con ella.

—Schmidt y Baumer están abajo, en el Alex, asistiendo a un seminario de educación política.

—Seguro que eso ampliará su perspectiva —respondió Schenke en voz baja, considerando las sesiones de educación política que se llevaban a cabo en el cuartel general de la policía en Alexanderplatz. Schmidt y Baumer se habían unido a las fuerzas cuando los nazis se hicieron con el poder, y, por lo tanto, se consideraba que era más probable que respondieran bien a la propaganda del régimen. De ahí que los hubiesen convocado al seminario. Aun así, Schenke tenía la fe suficiente en su inteligencia y preparación como detectives, y confiaba en que se cuestionarían en privado todo aquello que se les dijese. Aunque Hauser era miembro del partido, el sargento tampoco dedicaba demasiado tiempo a las actividades nazis. La idea de que hubiese una «forma aria» de llevar a cabo las investigaciones criminales les parecía a ambos una pérdida de tiempo ridícula.

—Me atrevería a decir que en algún momento también nos enviarán a nosotros a esa reeducación.

Hauser se encogió de hombros.

—No lo dudo. Pero, mientras tanto, hagamos nuestro trabajo. ¿Verdad, señor?

Había una sutil advertencia en el comentario: los comentarios críticos ocasionales sobre el partido eran aceptables, pero sin apurar demasiado el tema.

La puerta se abrió y dio paso a Liebwitz y a otro individuo, un hombre con exceso de peso y expresión agria. Llevaba un abrigo sin abrochar por encima del traje, con los pliegues apartados a un lado para meterse las manos en los bolsillos. Mientras Liebwitz se fue directo a su escritorio, el visitante miró a los dos hombres de la Kripo junto a la estufa y clavó sus ojos en Hauser.

—¿Inspector?

El sargento señaló a su superior.

—Pruebe con él.

Y así lo hizo.

—Doctor Albert Widmann, de Análisis Químico, de los laboratorios Werdescher. —Ni siquiera le ofreció la mano para estrechársela.

—Inspector criminal Horst Schenke. Ha tenido oportunidad de mirar bien el último lote de cupones que hemos cogido. ¿Qué ha sacado en limpio de ellos?

Windmann pensó en ello.

—Son buenos. Es fácil confundirlos con los auténticos para ojos no avezados. Sin embargo, cuando se trata de un experto como yo, la imitación es fácil de detectar.

—¿Ah, sí? —Hauser arqueó una ceja—. ¿Y cómo es eso? Desde el punto de vista de un experto, claro.

Widmann hinchó el pecho ligeramente.

—Determinadas irregularidades en las perforaciones, por ejemplo. Usted no lo notaría si se le entregase un solo cupón, pero se ve con claridad cuando se tiene una hoja entera delante.

—¿Y los ha comparado con los otros que ya tienen? —preguntó Schenke—. ¿Vienen todos de la misma fuente?

—Después de la primera inspección, yo diría que sí, pero tendré que llevármelos al laboratorio para comprobar la composición de las tintas y del papel, antes de poder confirmarlo.

¿Sospechan que son obra de un solo hombre o bien de una banda criminal?

—No lo sabemos. Ambas posibilidades son plausibles. Incluso podría ser que hubiera varias bandas implicadas.

Schenke compartió una mirada de regocijo con Hauser, y Widmann frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Si es obra de una sola red criminal, estamos tratando con una organización de considerable tamaño. Un grupo capaz de evitar las redadas anteriores y permanecer ocultos por completo. Si hay más de una banda criminal, existe la oportunidad de que ya conozcamos a alguna de ellas y podemos usar a nuestros informantes para descubrir los vínculos que existen entre los distintos grupos.

Widmann asintió.

—Ya veo. Muy bien. Es lógico.

Hauser carraspeó.

—Quizá debería usted pasar algo de tiempo con nosotros. Sería bueno que viese cómo hace el trabajo la Kripo en las calles.

—¿Con este tiempo? —dijo Widmann—. Ni en sueños. Me quedo en mi bonito y cálido laboratorio, gracias.

Los tres se rieron, tras lo cual Widmann se abrochó el abrigo.

—Iré a buscar esas muestras y luego me voy.

—Háganos saber el resultado lo antes que pueda —dijo Schenke.

—No son ustedes los únicos investigadores que requieren mi tiempo. Tengo otros trabajos antes.

Schenke se interpuso entre Widmann y la puerta.

—Si no paramos los pies a esos falsificadores, muchos se quedarán sin comida este invierno. No estoy seguro de que los que se mueren de hambre simpaticen mucho con sus prioridades. Y si la gente no está contenta, y eso llega al despacho de Heydrich, dudo que él también lo haga. ¿Qué dice usted,

Liebwitz? Es un hombre de la Gestapo. Está mejor situado para saber cómo reaccionará el Gruppenführer.

Liebwitz levantó los ojos de su trabajo administrativo con su habitual expresión anodina.

—Creo que se sentiría muy disgustado al enterarse de que existe insatisfacción entre el pueblo, señor.

La simple mención del director de la Oficina Principal de Seguridad del Reich provocó que los ojos de Widmann se abrieran como los de un búho, que tragara saliva y los nervios se le dispararan.

—Veré lo que puedo hacer.

Schenke sonrió.

—Estoy seguro de que será así. Gracias.

En cuanto el científico cerró la puerta tras él, Schenke se volvió hacia Liebwitz con una sonrisa.

—Yo no lo habría hecho mejor. Le has metido el miedo en el cuerpo.

—Me he limitado a expresar la verdad, señor. Heydrich presta mucha atención a los informes de inteligencia social. He visto de primera mano cómo reacciona cuando algo no le gusta.

Schenke no estaba muy seguro de cuánto de la actitud del nuevo miembro del equipo se debía a su dedicación y cuánto a unas habilidades sociales defectuosas.

—Claro que sí —respondió, y luego miró el reloj—. Me voy a comer algo. Si Persinger y Hofer vuelven antes que yo, dígalos que empiecen los interrogatorios sin mí.

Hauser asintió y el inspector se levantó el cuello del abrigo antes de salir a la gélida calle.

* * *

Aunque llevaba nevando de manera intermitente desde Año Nuevo, todavía nadie se había dignado a limpiar las calles. En algunos casos, los montones eran tan altos que llegaban hasta el hombro. Se había arrojado tierra en los caminos para evitar

que los vehículos resbalaran, lo que había dado a las calzadas un aspecto sucio. Aun así, y a pesar del frío, la gente llenaba la vía. Se movían con premura, quizá para calentar los músculos, pero, incluso así, iban con la barbilla bajada y dejaban una estela de vaho a su paso.

Los edificios que tenían la suerte de contar con calefacción regular quedaban delatados por la ausencia de nieve en sus tejados, como el tejado de la oficina local del partido. Schenke vio cómo un miembro de las SA pegaba un cartel sobre el cumplimiento de la ley de oscurecimiento para tapar otro más antiguo. Alguien había pintarrajeado un gran bigote y una mata de pelo oscuro encima de la calavera, que cabalgaba sobre una bomba que había dejado caer un avión británico.

El hombre de las SA miró a su alrededor y por un momento Schenke temió que levantara el brazo con el saludo alemán, lo que lo obligaría a hacer lo mismo. Pero el funcionario se limitó a mirar el pincel de encolar y levantar las cejas, lo que hizo que Schenke sonriera al pasar a su lado.

Al final de la calle giró a la izquierda, hacia un barrio de clase trabajadora repleto de cervecerías y bares tradicionales. Cruzó la calle y se dirigió a la entrada de Wehler, donde todavía se podía tomar café. La campanilla sobre la puerta sonó al entrar, y él cerró enseguida después de pasar. La atmósfera estaba viciada de humo, tanto que se extendía sobre las mesas y las sillas. Un mostrador corría a lo largo de la parte trasera del café. No es que el local fuera muy grande, pero los espejos colgados en la pared daban la sensación de que lo era mucho más.

Wehler solía llenarse de comensales a mediodía, pero, aun así Schenke pudo encontrar asiento en un acogedor reservado, junto a una ventana que daba a la calle. Mientras se desabrochaba el abrigo y se quitaba el pañuelo, a la espera de que alguien lo atendiera, dejó que la mirada se le perdiera más allá del cristal. Pero estaba tan empañado por la condensación que los transeúntes apenas eran bultos borrosos y oscuros, de

modo que no vio la silueta que lo había seguido desde la comisaría, y que ahora permanecía dubitativa en el extremo de la calle.

Repasó los comentarios de Widmann sobre los cupones de racionamiento falsificados. Si era cierto que se encontraban ante una red criminal desconocida, entonces resultaría difícil seguir la huella a su presa. Si de algo podía alardear el régimen nazi, era de haber acorralado a la mayoría de las organizaciones criminales de Berlín y ejecutar o meter en prisión a sus miembros. Y sin necesidad de sutilezas legales tales como un proceso judicial. Aun así, los crímenes comunes continuaban: robos, fraudes, agresiones, atracos, violaciones y asesinatos. Era inevitable, forma parte del ser humano.

Aquellos pensamientos lo deprimieron un poco, así que se esforzó por apartar su mente del trabajo y pensó en Karin, a la que deseaba volver a ver. Habían planeado disfrutar de la última película de Heinrich George en el cine Ufa local, aquella misma noche.

Una mujer se sentó en el banco del otro lado del reservado. Schenke levantó la vista y le sonrió con educación. Toda compañía para almorzar era bienvenida. Hasta que reparó en su rostro, momento en que la sonrisa se le congeló al mismo tiempo que una punzada de ansiedad le agarrotaba la nuca.